

David Livingstone

VIAJES Y
EXPLORACIONES
EN EL ÁFRICA
DEL SUR

Prólogo de Javier Reverte



EDICIONES DEL VIENTO

Título original: *Missionary Travels and Researches in South Africa; Including a Sketch of Sixteen Years' Residence in The Interior of Africa, and a Journey from The Cape of Good Hope to Loanda on The West Coast; Thence across The Continent, down The River Zambesi, to The Eastern Coast.*

Publicado por primera vez en 1857 por John Murray, Londres
Traducción de Atilano Calvo Iturburu,
José Plácido Sansón Grandy y Susana Carral Martínez
Edición de Susana Carral Martínez

© Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña
Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com
www.edicionesdelviento.com

Diseño gráfico: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-34-1

Depósito legal:

Impresión: Valladares, s.l.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Índice

Prólogo de Javier Reverte	13
Dedicatoria	19
Prólogo del autor	21
Introducción	25
I Estancia en Kuruman, Lepelole y Lolobeng. Breves noticias de la tribu de los bakuenta y de Sequele, su jefe	35
II Los bóers: su crueldad para con los indígenas. El desierto del Kalahari. Los bosquimanos. Los bakalahari	63
III Travesía del desierto. El Zouga. Descubrimiento del lago Ngami. Regreso a Kolobeng	93
IV Segunda y tercera salida de Kolobeng. El Chobe. Destrozos causados por la mosca tse-tsé. Los makololo: apuntes biográficos de su cacique, Sebituane. Descubrimiento del Zambeze. Tráfico de esclavos. Regreso al Cabo	121
V Último viaje desde la ciudad del Cabo. El desierto del Kalahari: sus plantas y animales. Los griquas y los bechuana	147

VI	Kuruman. Deberes y tareas de los misioneros. Ataque de los bóers. Represalias. Noticias acerca de los bakuena	167
VII	Enfermedades de los animales salvajes. El león. Las serpientes. Costumbres de los indígenas. Los montes Bamangwuato. El avestruz	195
VIII	Esfuerzos de los misioneros. Árboles. Bosquimanos. El Sanshureh y el Chobe	223
IX	Linyanti. El jefe Sekeletu. Costumbres de los makololo	247
X	Fiebre africana. Los makalaka. Divisiones de la familia sudafricana	267
XI	De Linyanti a Sesheke. El Liambye	279
XII	Subida por el Liambye. El valle de los barotse. Los banyeti. Naliele. Los mambari. Los marile. Sesheke	289
XIII	Linyanti. Descenso del Chobe. Subida por el Liambye	309
XIV	Continúa la subida por el Liambye. Cataratas de Gonye. Los naliele. Libonta. Vida animal	329
XV	Subida por el Liba. Los balonda y los ambonda. Mujeres caciques	351
XVI	Viaje por tierra a la población de Shinte. Acogida que nos hace el cacique. Su amistad	371
XVII	El Lonaye. Cazembe. Llanuras inundadas. El Lokalueye. El Lotembwa. El jefe Katema. El lago Dilolo	393
XVIII	El Kasai. Paso del Nyuana. Loke. Disturbios en el territorio de los chiboque	421
XIX	Viaje por el territorio de los bashinye hasta Cassange, y desde allí por Tala Mungongo, el territorio de los basongo y los distritos de Ambaca y Golungo Alto, hasta Luanda	449

xx	Los makololo en Luanda. La ciudad y su distrito. Icollo i Bengo. Distrito de Cazengo. El Lucalla. Distrito y ciudad de Massangano. Regreso a Golungo Alto	489
xxi	Residencia en Golungo Alto. Ambaca. Pungo Andongo. El Coanza	509
xxii	Tala Mungongo. Cassange. Una dura prueba. El comercio de Luanda. El Quango. Los bashinye. Nuevas dificultades con los chiboque. Afluentes del Congo. El Loayima	529
xxiii	Rodeo hacia el sur. Cabango. El Kasai y el Quango. Las estaciones. El valle del Loembwe. Cruzamos el Kasai	553
xxiv	El Lotembwa. Cascadas. Posición de las rocas. Lluvia al sur y al norte del ecuador. Dilolo. El Liba. Condición social de las tribus. Recepción en Libonta	573
xxv	Naliele. Gonye. Linyanti. Sekeletu. Noticias de los makololo. Enfermedades, clima, etc.	597
xxvi	Bajada del Liambye. Las cataratas Victoria. El Lekone. Antiguos lagos. Los batoka. El Unguesi	619
xxvii	Historia natural y geología. El Mozuma. Los batoka y su jefe, Monze	641
xxviii	Noticias sobre el elefante. El jefe Semalembue. El Kafue. Albinos. El jefe Mburuma	665
xxix	Paso del Loangwa. Zumbo. Dificultades con Mpende. Paso del Zambeze. Leyes sobre la caza. Distrito de Chicova	691
xxx	Animales. El Ue. El Banyai. La ordalía muavi. Llegada a Tete	715
xxxi	Tete y sus alrededores. Producciones	737
xxxii	Bajada por el Zambeze. Senna. El Kilimane y el Zambeze. El Mutu. Kilimane. Viaje a Mauricio y regreso a Inglaterra	763

La publicación de los *Viajes y exploraciones en el África del Sur* del Dr. Livingstone, viene a culminar una propuesta editorial que Ediciones del Viento comenzó hace cinco años.

No cabe duda de que la narración del famoso explorador y misionero escocés supone un hito en la edición de literatura de viajes en nuestro país. Esta obra relata los primeros años de Livingstone en África como misionero y, sobre todo, su nacimiento como explorador, cuando decide internarse en territorios desconocidos del interior de África para abrir nuevas rutas comerciales. Así cruza el desierto del Kalahari, descubre el lago Ngami, el río Zambeze, las cataratas Victoria y cruza África de costa a costa (desde Luanda a Kilimane). Cuando regresa a Inglaterra en 1856 y, un año después, publica estos viajes, la obra se convierte de inmediato en un gran éxito, que le abre las puertas a más expediciones y que concienta a la sociedad de su época acerca de las posibilidades del continente africano.

Inmediatamente se traduce a distintas lenguas, entre ellas, al español. La traducción de Atilano Calvo Iturburu y de José Plácido Sansón Grandy es de 1858. Preciso es imaginar las dificultades ante las que se encontrarían estos dos traductores, ya que la mayoría de las cosas de las que habla Livingstone eran totalmente desconocidas en España de mediados del siglo XIX. Por eso tiene aún más mérito la elevada calidad de su trabajo y por eso nos ha parecido que merecía ser rescatado.

Cuando comenzamos a trabajar con ella, nos dimos cuenta de que faltaba una enorme cantidad de texto, ya que casi todo lo relacionado con determinadas plantas, animales y descripciones geológicas no se había traducido. Además, una buena parte de las reflexiones religiosas del autor, que era protestante, habían sido adaptadas a la manera de pensar de la España de 1858. Por supuesto, decidimos completar la traducción y reflejar, fielmente, lo escrito en su día por David Livingstone, lo que nos permite afirmar que esta es la primera vez que se podrá leer el primer viaje completo de Livingstone en español.

Prólogo de Javier Reverte

Es una muy buena idea reeditar a David Livingstone y su *Viajes y exploraciones en el África del Sur*. Y lo es, no sólo porque suponga un acercamiento del público español al explorador africano por excelencia, al “explorador de los exploradores”, sino porque Livingstone fue un campeón, antes que nada, del humanitarismo, cuando este movimiento nacía en el siglo XIX, en plena expansión del imperialismo europeo. Hoy, la sociedad ha asumido como un valor esencial la lucha contra el racismo; pero en los días de Livingstone, ser racista era lo natural. Por ello, su figura, la de un activista viajero de los derechos humanos que luchó con todas sus fuerzas contra el maltrato del hombre negro por el hombre blanco, va ganando altura con el paso de los años y de los siglos. Livingstone, si hubiese nacido más tarde, tendría el Nóbel de la Paz y el Príncipe de Asturias al Humanitarismo. Porque Livingstone fue el principal impulsor del fin de la esclavitud, un hecho de indudable trascendencia ética, un hito de un calibre casi semejante a la Declaración de los Derechos Humanos.

Resulta curioso, sin embargo, que casi todo el mundo identifique hoy a Livingstone como un gran explorador. Lo fue, desde luego. Pero su principal objetivo en los numerosos viajes que realizó por África no era el descubrimiento de lugares geográficos con que ir llenando el mapa de África, el “gran espacio en blanco” del continente negro, como lo bautizó Joseph Conrad; su tarea tenía un signo redentorista,

en la medida en que viajaba en calidad de misionero de la iglesia anglicana. Livingstone definía su apostolado particular con tres ces: cristianismo, cultura y comercio. Y la idea que lo guiaba consistía en utilizar las vías que se abrían para la exportación de materias primas africanas como rutas para combatir a fondo la barbarie de la esclavitud.

En 1839, David Livingstone, nacido en 1813 en Escocia, alentaba el propósito de trasladarse como misionero a China, pero la Guerra del Opio cerró las fronteras del país a los extranjeros y sus ojos se volvieron a África. En marzo de 1841 pisó por primera vez el continente, en la ciudad del Cabo (actual Suráfrica). Desde aquel día, su destino quedó ligado a las extensas tierras del interior de África.

En 1842 viajó al interior del desierto del Kalahari por territorios que ningún blanco había pisado. En 1844, un león le hirió en el brazo y, durante toda su vida, Livingstone mostró con orgullo aquella cicatriz de juventud. En 1849 fue el primer blanco en llegar al lago Ngami y la Royal Geographical Society le distinguió por ello con su medalla. Fue en esa época cuando declaró: «Abriré una ruta en el interior de África o moriré». En sus escritos, que se convirtieron desde el principio en “best-sellers” de su tiempo, denunció la barbarie de la esclavitud con toda su energía y logró que se abrieran en Gran Bretaña numerosas asociaciones antiesclavistas.

En 1855 exploró el río Zambeze y llegó a las imponentes cataratas Victoria. Y en 1856 alcanzó las costas de Mozambique cruzando el interior del continente. Para esas fechas, ya era un héroe en su país y el explorador más famoso y respetado de Inglaterra. Sus libros de viajes y aventuras no cesaban de traducirse y de venderse por decenas de miles de ejemplares en Europa y América.

Volvió a la región del Zambeze en 1858, para recorrer de nuevo las rutas de esclavos que se dirigían desde el interior de Mozambique y denunciar los abusos de los esclavistas árabes. En esa época, durante la que recorrió sin cesar el interior del continente hasta el año 1864, sufrió las dos grandes tragedias de su vida: en 1862, la muerte de su mujer, que había viajado desde Escocia para acompañarle en sus viajes, y la de su hijo Robert, alistado en el bando antiesclavista del

norte durante la Guerra de Secesión Americana (1862-65), caído en el campo de batalla. El misionero-explorador enfermó de unas fuertes hemorroides y regresó abatido a Inglaterra.

Pero en 1866 organizó nuevas expediciones en el intento de descubrir las fuentes del Nilo, que él situaba en las cercanías del Zambeze. Dos años antes, en 1864, cuando se planteaba la famosa disputa entre Burton y Speke sobre la localización de las míticas fuentes, Livingstone se había alineado del lado de Burton. Algo más de una década después, otro legendario explorador de África, Henry Morton Stanley daría la razón a Speke, fallecido en un accidente de caza en ese año 1864, un día antes del debate público con Burton.

En 1867, Livingstone llegó al lago Nweru y, un año después, al Bangwelu, ampliando al catálogo de sus “descubrimientos”. Un año más tarde, recorriendo el río Luabala, se dio cuenta de que sus tesis sobre las fuentes del Nilo no eran ciertas. No obstante, penetró en el occidente africano, viajando desde el Oriente, mucho más allá de donde había llegado ningún europeo hasta ese instante.

Con terribles dolores a causa de sus hemorroides, Livingstone se refugió en Ujiji, junto al lago Tanganika, en la actual Tanzania. En Europa le daban por perdido desde varios años antes; pero en 1871, el joven reportero Stanley, que trabajaba para el New York Herald, dio con él, en lo que se considera uno de los mayores “scoops” de la historia del periodismo. De aquel encuentro nació la famosa expresión que Stanley incluyó en un libro posterior: *El doctor Livingstone, supongo...*

Los dos hombres congeniaron, aun siendo como eran muy distintos e, incluso, exploraron juntos la región del Tanganika. Pese a la insistencia de Stanley, Livingstone se negó a regresar con él a Inglaterra. En mayo de 1873, sus sirvientes lo encontraron muerto, en el pueblo de Chitambo, en la actual Zambia, junto al lago Bangwellu. Falleció, al parecer, mientras rezaba. Su corazón, extraído del cuerpo por los sirvientes, fue enterrado allí mismo, en tanto que su cuerpo embalsamado fue enviado a Inglaterra, en donde quedó enterrado con todos los honores en la Abadía de Westminster, el lugar en donde reposan los grandes héroes del Imperio Británico.

David Livingstone

Al contrario que la mayoría de los otros exploradores de su tiempo, las huellas de Livingstone en África no han sido borradas por los africanos tras la independencia de los países que forman el continente. No olvidan que fue un campeón de sus derechos —al contrario que Stanley o Burton— y que su papel fue determinante para terminar con la caza del esclavo en el interior del continente. Junto a las cataratas Victoria, sigue su estatua presidiendo los imponentes saltos de agua; y los lugares africanos que se bautizaron con su nombre aún lo conservan. En el sitio en donde estuvo durante décadas el mercado de esclavos de Zanzíbar, se construyó una iglesia en la que una placa le recuerda como campeón de la lucha contra la esclavitud. Y su corazón sigue enterrado en Chitambo, en el centro del continente que labró su destino personal y cuyo destino general él ayudó a labrar.

Sus libros, sin poseer la calidad intelectual de los trabajos de Burton, trazan un retrato apasionante del África salvaje, el África de los días de la exploración, un tiempo ya desaparecido y cargado, desde entonces, de un tinte épico y mítico que aún nos conmueve. Abra, pues, el lector estas páginas y disfrute de la aventura africana contada por uno de sus protagonistas, probablemente el más grande de todos.

MISSIONARY TRAVELS

AND

RESEARCHES IN SOUTH AFRICA;

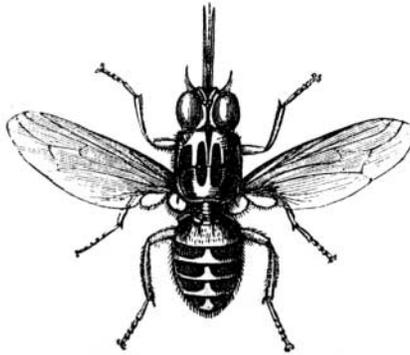
INCLUDING A SKETCH OF

SIXTEEN YEARS' RESIDENCE IN THE INTERIOR OF AFRICA,

AND A JOURNEY FROM THE CAPE OF GOOD HOPE TO LOANDA ON THE WEST
COAST; THENCE ACROSS THE CONTINENT, DOWN THE RIVER
ZAMBESI, TO THE EASTERN OCEAN.

BY DAVID LIVINGSTONE, LL.D., D.C.L.,

FELLOW OF THE FACULTY OF PHYSICIANS AND SURGEONS, GLASGOW; CORRESPONDING MEMBER OF THE
GEOGRAPHICAL AND STATISTICAL SOCIETY OF NEW YORK; GOLD MEDALLIST AND CORRESPONDING
MEMBER OF THE ROYAL GEOGRAPHICAL SOCIETIES OF LONDON AND PARIS,
F.S.A., ETC. ETC.



Tsetse Fly.—Magnified.—See p. 571.

Dedicatoria

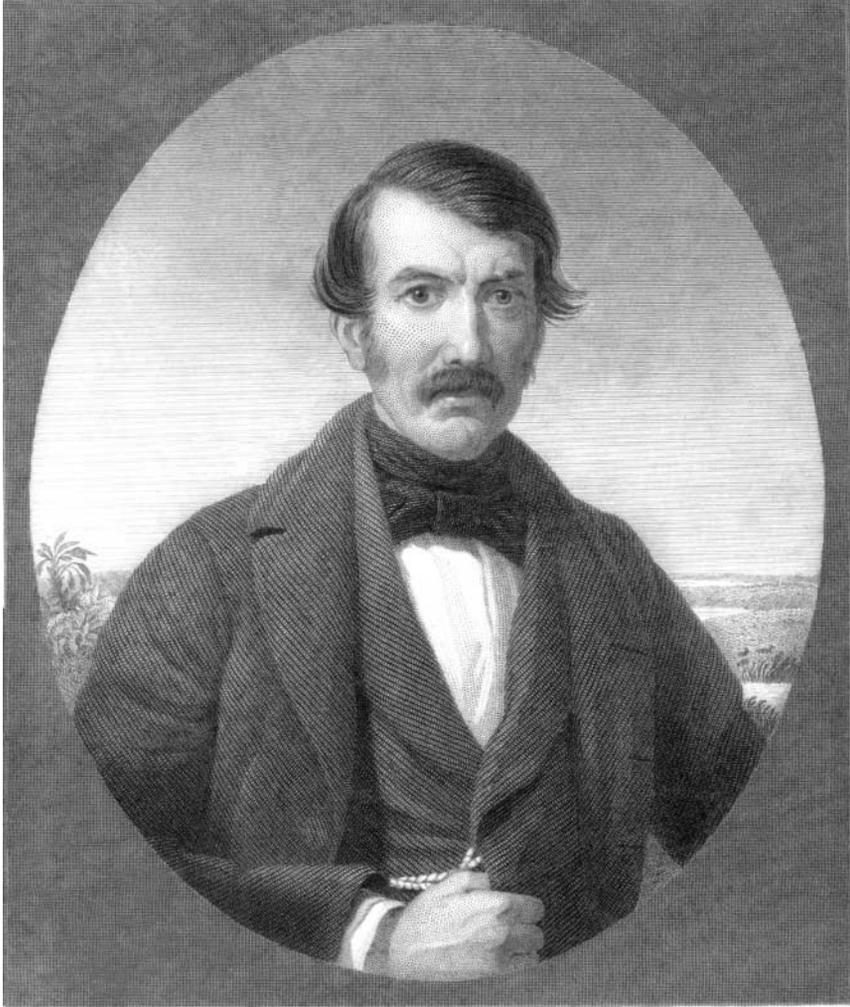
Para Sir Roderick Impey Murchison
*Presidente de la Real Sociedad Geográfica, F.R.S., V.P.G.S.,
Corr. Inst. de Francia, y miembro de las Academias de
San Petersburgo, Berlín, Estocolmo, Copenhague, Bruselas, etc.*

ESTA OBRA

Se le ofrece afectuosamente como muestra de gratitud por el amable interés que siempre ha demostrado en relación con los trabajos y el bienestar del autor; y para expresar admiración ante sus prestigiosos logros científicos, como muy bien demuestra su asombrosa hipótesis sobre la formación física del continente africano, difundida en su Discurso Presidencial ante la Real Sociedad Geográfica en 1852, y verificada tres años después por el autor de estos Viajes.

DAVID LIVINGSTONE

Londres, octubre de 1857



W^mHoll.

David Livingstone

David Livingstone, según retrato de Henry Phillips, propiedad de Mr. Murray.

Prólogo del autor

Cuando la Real Sociedad Geográfica me honró con su felicitación de bienvenida por medio de una comisión nombrada al efecto, pocos días después de mi llegada a Londres en diciembre último, su presidente Sir Roderick Murchison me invitó a que publicara una narración de mis viajes; y en otra entrevista de igual naturaleza con los directores de la Sociedad Misionera de Londres, contesté a los afectuosos cumplidos que se me dirigían, comprometiéndome públicamente a dar un libro a la prensa. Los trabajos preparatorios para realizarlo¹ me han ocupado mucho más tiempo del que mi inexperiencia en la composición de obras me había hecho creer necesario.

Habría podido conseguir mayor igualdad en el estilo y gran economía de tiempo, si me hubiera valido de una persona acostumbrada a redactar; pero estando destinadas a mi uso exclusivo y particular las notas de que disponía, ningún otro hubiera podido aprovecharse de ellas, ni formarse una idea exacta de las circunstancias en que yo me hallaba en África, aislado de toda comunicación

1. Habiéndose intentado varias veces dar al público como mías bastardas narraciones de mis viajes, no puedo dejar de manifestar mi reconocimiento a los editores del *Times* y del *Albencæum* por sus esfuerzos para hacer manifiesta la impostura, y a los libreros de Londres por haberse negado a admitirlas.

con europeos. Los que nunca han publicado un libro no pueden imaginarse lo enojoso de la tarea; y puedo asegurar que la necesidad de hacerlo en esta ocasión ha centuplicado el respeto que siempre me han merecido los autores.

No puedo prescindir de mencionar, con sentimiento de gratitud y admiración, a mi amigo Thomas Maclear, Esq., el distinguido astrónomo real del Cabo; y nunca dejaré de recordar con verdadero agradecimiento sus consejos y buenos oficios para conmigo. Su conversación, de la cual tuve el honor de gozar en el Observatorio, me hizo formar una idea de la variedad casi infinita de conocimientos que son necesarios al verdadero astrónomo, y adquirí la convicción de que pasará mucho tiempo hasta que el mundo llegue a poseer gran número de miembros distinguidos de aquella profesión. ¡Sean siempre tan honrados como merecen serlo, y vivan largo tiempo los Maclear, Herschel, Airy y otros, para que hagan públicas las maravillas y glorias de la creación, facilitando sus empresas a los navegantes y a los cristianos el paso hasta los puntos más recónditos del globo!

También quiero agradecer a mi amigo sir Roderick Murchison y al Dr. Norton Shaw, secretario de la Real Sociedad Geográfica, la valiosa ayuda prestada en mis investigaciones por cuantos medios han estado a su alcance.

S. M. Fidelísima D. Pedro v que dio las oportunas órdenes para que mis antiguos compañeros fuesen socorridos en cuanto necesitasen hasta mi vuelta, me libró de toda ansiedad por la suerte de aquellos; y este acto de liberalidad, que debería ciertamente haberme compelido a dejar Inglaterra en el pasado mes de mayo, me ha proporcionado el placer de viajar nuevamente con la imaginación, recordando antiguas escenas, y renovando los sentimientos que en otro tiempo me movieron. Tengo el mayor placer en hacer público el profundo agradecimiento que debo a los portugueses por la amable hospitalidad que en muchas ocasiones me han concedido.

No me ocupo en esta narración de los penosos esfuerzos que en un principio hicieron, ni de los resultados que obtuvieron los misioneros

Viajes y exploraciones en el África del Sur

que penetraron antes que yo en el país de los bechuana², porque de ello ha tratado ya con pluma mucho más hábil que la mía, mi suegro el reverendo Robert Moffat, de Kuruman, que ha sido entusiasta e infatigable actor en aquel vasto teatro por espacio de más de cuarenta años, y sólo hago un ligero bosquejo de mis propias empresas, consagrando la parte principal de la obra a detallar las tentativas hechas para abrir a las simpatías de la cristiandad un nuevo campo en que explayarse, al norte del país de los bechuana. La perspectiva que aquí se ofrece, es mas bella de lo que yo había imaginado, y la capacidad de la nueva región me hace esperar que, por medio de la producción de las materias primas para nuestras manufacturas, los intereses de Inglaterra y de África se unirán más estrechamente de lo que hasta aquí lo han estado, con gran provecho para ambas, y no menor para la causa de la libertad.

El Dr. Hooker, de Kew, me ha dispensado el obsequio de dar nombres y clasificar, en cuanto ha sido posible, algunas de las nuevas plantas que de mis viajes he traído; el Dr. Andrew Smith, que también ha recorrido el África, me ha prestado su ayuda en la parte zoológica; y el capitán Need me ha prestado gustoso su álbum de croquis africanos. A todos doy las gracias por su liberal complacencia, y también a mi hermano que con el mayor placer me ha servido de amanuense.

Aunque no pueda yo gloriarme de poseer el arte del dibujo, traje sin embargo conmigo unos cuantos mal acabados diseños; y una mano mas hábil que la mía, ha sabido dibujar, basándose en uno de ellos, la vista de las cascadas del Zambeze.

Octubre de 1857

2. Becuana o bechuana era la palabra que utilizaban los europeos en el siglo XIX para referirse a los "batswana". El territorio que ocupaba dicha étnia recibía el nombre de Bechuanaland. Sin embargo, el nombre correcto en lengua setswana es Botswana. (N. de la E.)

Introducción

APUNTES BIOGRÁFICOS. PARTIDA HACIA EL CABO
Y LA BAHÍA DE ALGOA

Mi propia inclinación me habría movido a decir lo menos posible acerca de mi persona; pero algunos amigos, en cuyo recto juicio tengo entera confianza, me hicieron ver que los lectores siempre desean saber alguna cosa del autor de la obra que les ocupa, y que aumentaría el interés de la mía una breve reseña de mi origen y de los primeros años de mi vida. Esta es la razón que excusa los siguientes apuntes biográficos, y si fuera necesaria una disculpa por entretener al lector con una genealogía, la encontraría yo en esta ocasión en el mero hecho de no ser la mía muy larga, y de no contener más que un solo incidente del que, con razón, pueda mostrarme orgulloso.

Nuestro bisabuelo murió en la batalla de Culloden, combatiendo por la antigua raza de sus reyes; y nuestro abuelo era un pequeño arrendatario de Ulva, donde nació mi padre, y que es uno de los islotes que forman el grupo de las Hébridas, al que hace mención Walter Scott, diciendo:

*Y Ulva la tenebrosa, Colonsay,
Y todo el grupo de alegres islas
Que rodean a la famosa Staffa.*³

3. *El Lord de las islas*, canto iv.

Mi abuelo conocía perfectamente todas las tradiciones y consejos de los que hizo uso aquel gran escritor en sus *Cuentos de un abuelo* y obras varias, y recuerdo que de niño le escuchaba con deleite, porque poseía un cúmulo inagotable de leyendas, muchas de las cuales se asemejaban extraordinariamente a las que después he oído referir durante las noches que he pasado sentado en los hogares africanos. Nuestra abuela también solía cantar antiguos romances, muchos de los cuales creía ella que habían sido compuestos al son de sus cadenas por infelices isleños a quienes los turcos cautivaran.

Mi abuelo podía dar detalladas noticias de todos sus antepasados hasta la sexta generación, y el único punto de la tradición familiar que me envanece es el siguiente: Uno de aquellos pobres, pero honrados y valientes montañeses, adquirió en todo el país gran reputación por su sabiduría y prudencia; y se refiere que hallándose a las puertas de la muerte, hizo que todos sus hijos le rodeasen, y les dijo: «Durante toda mi vida he examinado cuidadosamente cuantas tradiciones y noticias he podido reunir acerca de nuestra familia, y no he podido encontrar uno solo de nuestros antepasados que no fuera honrado. Si alguno de vosotros, por lo tanto, o alguno de vuestros hijos se arroja a la senda del vicio, estad seguros de que no es la sangre que corre por vuestras venas la que a ello le incita; asegurad que no pertenece a vuestra familia. Un solo precepto os impongo: Sed honrados». Por consiguiente, si en las páginas que siguen cometo algunos errores, espero que todos los juzgaran como equivocaciones de buena fe, y que nadie llegara a tenerlos como signos evidentes de que he dado al olvido el antiguo lema de familia. El suceso referido acaeció en aquella época en que los montañeses de Escocia, según Macaulay, se asemejaban mucho a los cafres del Cabo, y en la que cualquiera, según se dice, podía librarse del castigo por el robo de ganados, sin más que presentar una parte del botín al jefe de su tribu. Nuestros antepasados eran católicos romanos; pero les hizo protestantes su señor, en una excursión que hizo por el país, acompañado de un hombre que llevaba un bastón amarillo, circunstancia que despertó más en ellos la atención, a lo que parece, que sus pre-

dicaciones, pues la nueva religión se conoció durante mucho tiempo por el nombre, que aún subsiste quizás, de “la religión del bastón amarillo”.

Mi abuelo, viendo que su granja de Ulva era insuficiente para el sosten de una familia numerosa, se trasladó a Blantyre Works, gran fábrica de manufacturas de algodón situada a orillas del bellissimo río Clyde, en las inmediaciones de Glasgow, y sus hijos, que habían recibido la mejor educación que las Hébridas ofrecían, fueron admitidos de muy buen grado como dependientes por los propietarios Monteith & Co. Él mismo, tenido en alta estima por su acrisolada honradez, era el encargado de la conducción del dinero necesario desde Glasgow a los talleres, y cuando ya fue anciano, aquella sociedad, según tenía costumbre, le señaló una pensión, para que pudiera concluir sus días en apacible tranquilidad.

Nuestros tíos entraron todos al servicio de S. M. durante la última guerra con Francia, ya como soldados, ya como marineros; pero mi padre permaneció al frente de su casa, y aunque demasiado escrupuloso para que pudiera llegar a ser ni aun medianamente rico, por lo apacible de su carácter y sus atractivas maneras, supo ganarse los corazones de sus hijos, que le profesaban un amor tan firme como si hubiera poseído y hubiera podido legarles a su muerte todas las riquezas y honores mundanos. Educó a sus hijos en la Iglesia de Escocia, establecimiento religioso que ha producido incalculables beneficios a aquel país; pero después la abandonó, y durante los últimos veinte años de su vida desempeñó el cargo de diácono de una iglesia independiente en Hamilton; yo le debo mi eterna y reverente gratitud por haberme dado ejemplo, desde mi infancia, de la más pura y constante piedad, como el ideal que Burns ha descrito con tanta verdad y hermosura en su *Noche del sábado del campesino*. Mi padre murió en febrero de 1856 con la apacible esperanza de la misericordia con que todos contamos por la muerte de nuestro Señor y Salvador. Y yo por aquel tiempo proseguía mi camino en África, no ansiando en aquella región otro placer mayor que el de regresar a mi hogar y referir mis viajes a aquel cuya memoria reverencio.

El primer recuerdo que conservo de mi madre me trae a la memoria una escena que se observa con mucha frecuencia entre los pobres de Escocia: una mujer hacendosa que se desvive por economizar cuanto puede para que nada falte de lo preciso. A la edad de diez años entré en la fábrica, contribuyendo en cuanto mis fuerzas alcanzaban con mi salario a calmar su viva ansiedad. Con parte del jornal de la primera semana compré los *Rudimentos de la Lengua Latina*, de Ruddiman, y proseguí en el estudio de este idioma por espacio de algunos años, con incansable ardor, en una escuela vespertina a la que concurría de ocho a diez de la noche. Seguía después la parte de traducción y estudio hasta medianoche, o más tarde si mi madre no lo impedía subiendo a mi cuarto y arrancándome los libros de las manos; porque tenía que acudir a mis faenas a las seis de la mañana, y trabajar sin más descanso que el necesario para almorzar y comer, hasta las ocho de la noche. De este modo leí muchos de los autores clásicos y, a los dieciséis años, conocía a Horacio y a Virgilio mejor que ahora. Nuestro profesor, que felizmente vive todavía, recibía cierta subvención de la Compañía; era afable y cariñoso, y tan módico en sus honorarios, que podía recibir educación todo el que la deseaba. Muchos se aprovecharon de esta facilidad, y algunos de mis compañeros de escuela ocupan ahora puestos mucho más elevados que los que se prometían alcanzar cuando se educaban en la aldea. Sería una verdadera felicidad para los pobres que este sistema de enseñanza se generalizase en Inglaterra.

En cuanto a la lectura, devoraba todos los libros que caían en mis manos, excepto las novelas. Me recreaban sobremanera las obras científicas y las descripciones de viajes, a pesar de que mi padre, creyendo como muchos otros de su época, que debieran haber discurrido con más acierto, que las primeras eran hostiles a la religión, hubiera preferido haberme visto concentrado en la meditación de obras como *Una nube de testigos* y *La naturaleza humana en su estado cuádruple*, de Thomas Boston. Nuestro diferente modo de pensar sobre este particular llegó a convertirse en abierta rebelión por mi parte, y el último castigo que me impuso fue con ocasión de haberme negado a leer la *Visión práctica del Cristianismo*, de Wilberforce. Esta repugnancia a

los estudios doctrinales y a la lectura religiosa de cualquier especie que fuese, la conservé durante algunos años; pero habiendo ilustrado mi espíritu las admirables obras del Dr. Thomas Dick, tituladas *El filósofo cristiano* y *Filosofía de un estado futuro*, fue para mí altamente satisfactorio el ver confirmadas mis ideas de que la religión y la ciencia, lejos de hostilizarse, se dan la mano como amigas, y mutuamente se comprueban y fortifican.

Con infatigable celo habían procurado mis padres que penetrasen en mi alma las doctrinas del cristianismo, y sin dificultad comprendí la teoría de nuestra eterna salvación conseguida por el sacrificio de nuestro Redentor; sólo entonces comencé a sentir la importancia y, al mismo tiempo, la necesidad de poner los medios a fin de que aquél no fuese estéril para mí: cambio equivalente al que se operaría si de pronto adquiriese vista quien toda su vida había estado privado de ver. La generosa aptitud con que en el Libro de Dios se ofrece el perdón de todos nuestros pecados, hizo nacer en mí un apasionado amor hacia Aquel que nos redimió con su sangre; y este sentimiento de profunda y afectuosa gratitud por su misericordia ha influido en cierto modo en mi conducta posterior. No trato sin embargo de poner en relieve los trabajos evangélicos a que me impulsó el amor de Jesucristo, ni volveré a ocuparme de la vida interior y espiritual que para mí empezó entonces; y este libro, más que de lo hecho hasta aquí, hablará de lo mucho que queda por hacer hasta que pueda decirse que se ha predicado el Evangelio a todas las naciones del mundo.

Movido por la ferviente caridad que el cristianismo inspira, resolví consagrar mi vida entera al alivio y consuelo de la miseria humana, y meditando sobre este propósito, comprendí que el hacerme soldado de Cristo en la China podría redundar en provecho de alguna parte de aquel inmenso imperio, por lo cual me dediqué al estudio de la medicina con el fin de poder dar cima a tal empresa.

En el reconocimiento de las plantas indicadas en mi primer libro de medicina, que fue aquella obra tan antigua como extraordinaria de Culpeper sobre la medicina astrológica, titulada *Herbario completo*, tomé por guía un libro publicado por Patrick sobre las plantas del

Lanarkshire, y a pesar de ser tan limitado el tiempo de que podía disponer, todavía hallaba ocasiones de recorrer los contornos para recoger muestras. Con profunda ansiedad me dediqué también al estudio de los oscuros e insondables abismos de la astrología, y creo que me lancé tan allá como el autor pudo llevarme en sus fantásticas regiones; pero me pareció peligroso pasar más adelante en terreno tan resbaladizo, y mi juvenil espíritu llegó a creer que era preciso venderse al diablo en cuerpo y alma para poder adquirir el conocimiento de las estrellas. Estas excursiones científicas, que hacía frecuentemente en unión de mis hermanos, uno de los cuales reside ahora en el Canadá, siendo el otro presbítero en los Estados Unidos, satisfacían el intenso amor que profesaba a la naturaleza; y aunque solíamos volver hambrientos y fatigados hasta el punto de que el futuro párroco derramaba copioso llanto, eran sin embargo tan nuevas y tan interesantes las escenas que a nuestra vista se presentaban, que aun éste mismo esperaba el momento de acompañarnos de nuevo, con la misma ansiedad que la vez primera.

En una de estas exploraciones penetramos en una cantera de piedra caliza, y es imposible describir el placer y admiración con que empecé a recoger las conchas que encontraba en las calizas carboníferas de High Blantyre y de Cambuslang. Un cantero, viendo mi corta edad y mi entretenimiento me dirigió una de aquellas miradas tiernas con que los hombres benévolos y compasivos contemplan a los locos, y al preguntarle yo cómo habían podido aquellas conchas llegar hasta aquellas rocas, me contestó sencillamente, que cuando Dios hizo las rocas, hizo también en ellas las conchas que las adornaban. ¡Qué cantidad de problemas se hubieran ahorrado los geólogos con sólo adoptar la humilde filosofía de este pobre escocés!

Durante mis trabajos fabriles continuaba la lectura poniendo el libro en uno de los bastidores que tenía delante, de modo que a medida que mis manos adelantaban en su faena, mi espíritu iba enriqueciéndose con nuevas ideas, y de esta forma proseguía en mis estudios, sin que bastara a distraerme el estrépito de la maquinaria, debiendo a esta parte de mi educación la facilidad que ahora tengo de abstraer por completo

mi espíritu de cuanto exteriormente le rodea, hasta el punto de leer y escribir con la mas perfecta tranquilidad entre los juegos infantiles y las bulliciosas danzas y canciones de los salvajes. El trabajo de hilar algodón al que me dedicaron cuando tenía diecinueve años, era demasiado pesado para un muchacho de mi edad; pero como me pagaban bien, con lo que ganaba en el verano podía sostenerme durante el invierno en Glasgow, en donde cursaba medicina, asistiendo al mismo tiempo a la clase de griego, y a las lecciones de teología que explicaba el Dr. Wardlaw. Jamás recibí el menor auxilio de nadie; y hubiera conseguido, con el tiempo y mis propias fuerzas, llevar a cabo mi proyecto de ir a China como misionero médico, si algunos amigos no me hubieran aconsejado que ingresara en la Sociedad Misionera de Londres, digna del mayor elogio por su carácter pacífico y ajeno a todo espíritu de partido, y que exenta de toda ambición, sólo aspira a llevar el Evangelio a los gentiles. Como estas ideas coincidían con las mías respecto del verdadero objeto de esta clase de sociedades, me presenté en ella, aunque no sin cierta tristeza; porque no podía ser del todo agradable para quien estaba acostumbrado a obrar con arreglo a sus propias inspiraciones el sujetarse en cierto modo a voluntades ajenas, por lo cual confieso francamente que no me hubiera causado gran pena el ver desechados mis ofrecimientos.

Al recordar ahora mis primeros años, no puedo menos de regocijarme por aquella vida de afanes y trabajos que formó una parte tan importante de mi educación juvenil; y si fuera posible, me complacería en volver de nuevo a ella, viviendo en el mismo humilde estado, y pasando otra vez por aquellas penosas vicisitudes.

Ni el tiempo ni los viajes han podido borrar de mi alma los sentimientos de respeto que me inspiraban los sencillos habitantes de mi pueblo; porque eran en general muy buenos modelos de la honradez, moralidad e inteligencia que distinguen a la clase pobre de Escocia. En una población de más de dos mil almas, había, como es lógico, variedad de caracteres, y prescindiendo de la generalidad, se contaban algunos hombres de verdadero mérito y recomendables cualidades que ejercían una benéfica influencia sobre los niños y los jóvenes,

dándoles gratuitamente la instrucción religiosa⁴. Todos los vecinos tomaban un interés bien entendido en cuantas cuestiones públicas se presentaban, dando una nueva prueba de que los medios de educación de que disponían no les hacían peligrosos, sino más útiles para la población; y estimándose mutuamente, respetaban también como se merecía a la clase más elevada de las inmediaciones que, como el difunto lord Douglas, tenía confianza en su buen juicio y recto proceder. La amable condescendencia de aquel noble, permitió que los más pobres de entre nosotros pudieran recorrer con entera libertad los antiguos dominios de Bothwell y otros sitios consagrados por los venerables recuerdos que se hallan consignados en los libros y tradiciones del país; y muy pocos de entre los nativos contemplarían aquellos restos queridos sin saber que en ellos se encerraba nuestra historia. Las masas obreras de Escocía han leído la historia y no son revolucionarios que buscan la igualdad: se recrean con los recuerdos de Wallace y Bruce, que son tenidos en gran estima y reverencia como los primitivos campeones de la libertad, y mientras que los extranjeros imaginan que por falta de resolución no destruimos a todos los capitalistas y aristócratas, nosotros nos contentamos con respetar nuestras leyes hasta que podamos cambiarlas, odiando esas estúpidas revoluciones que llegan a destruir instituciones venerables, queridas y respetadas igualmente por el rico y por el pobre.

Después de concluir mis estudios médicos y de defender mi tesis sobre un asunto que requería el empleo del estetoscopio para su diagnóstico, di motivo sin sospecharlo siquiera para que fuese mi examen más riguroso y prolongado de lo que suele acostumbrarse, siendo causa de esto una corta polémica que mantuve con los examinadores

4. El lector me perdonará que mencione los nombres de dos de estos hombres dignísimos, David How, que en su lecho de muerte me dirigió estas palabras: «¡Jóven! haz de la religión el asunto de toda tu vida: nunca ni por nada dejes de ocuparte de ella; porque si no lo hicieres, serás presa de las tentaciones y de toda clase de males», y Thomas Burke, un antiguo soldado, que por espacio de cuarenta años se ha ejercitado con infatigable constancia en obras de caridad. Cuando regresé de mis viajes, tuve el gusto de encontrarlo vivo todavía; los hombres de esta especie honran su profesión y su país.

sobre la importancia de aquel instrumento, que no era tanta en mi sentir como se le atribuía. Lo más prudente en aquella ocasión hubiera sido no tener opinión propia; pero fui admitido sin embargo como licenciado en la Facultad de Medicina y Cirugía. Indecible fue el placer que experimenté al saberme miembro de una profesión consagrada por excelencia a la práctica de la caridad, y que de siglo en siglo va caminando con incansable energía buscando siempre el remedio de las desgracias de la humanidad.

Apto ya para llevar a la práctica mi primitivo proyecto, la guerra con la China, que se hallaba en su mayor auge, vino a impedírmelo bien a pesar mío. Me había formado la ilusión de que podría penetrar en aquel vasto imperio, entonces cerrado a Europa, por medio de mis conocimientos médicos; pero como no había esperanza de que la paz se restableciese, y gracias a los esfuerzos de Mr. Moffat se empezaba a abrir una nueva vía, decidí volver mis pensamientos hacia África, y después de ampliar en Inglaterra mis conocimientos teológicos, me embarqué hacia allí en 1840, llegando a la ciudad del Cabo a los tres meses de navegación. Me detuve en ella poco tiempo y me dirigí al interior rodeando la bahía de Algoa. Llegué enseguida y pasé los siguientes dieciséis años de mi vida, a saber, desde 1840 a 1856, trabajando como médico y misionero en África, sin ocasionar a los nativos gasto alguno.

En cuanto a la soltura literaria que se adquiere por la costumbre de escribir para el público, y que tan importante es para un autor, debo confesar que carezco de ella por completo, pues mi vida nómada, lejos de favorecerme para su adquisición, me ha sido perjudicial sobremanera, de modo que mi redacción es muy laboriosa y pesada. Me parece que de mejor grado cruzaría nuevamente el continente Africano, que escribiría otro libro, pues es más fácil viajar que hacer la narración del viaje. Al marchar a África, tenía la intención de continuar allí mis estudios; pero como luego me dediqué, además de a predicar, a cuantos trabajos manuales estaban a mi alcance, resultó que por la noche me encontraba tan cansado y falto de ánimo para el estudio, como en la época de mi estancia en la fábrica de Blantyre. El

David Livingstone

único pesar que me causaba mi sistema de vida en África, era la falta de tiempo para mi perfeccionamiento intelectual, y sabiendo esto, creo que el lector será indulgente con los primeros trabajos literarios de quien tiene la vanidad de creerse todavía bastante joven para aprender. El hombre de ciencia notará en esta obra la falta de ciertos detalles sobre algunos particulares de importancia; pero confío en hacerlos llegar a su noticia por diferente conducto, no habiendo creído conveniente incluirlos en un libro como el presente, destinado por su carácter popular a andar en manos de todos.

ESTANCIA EN KURUMAN, LEPELOLE Y KOLOBENG.
BREVES NOTICIAS DE LA TRIBU DE LOS BAKUENA
Y DE SEQUELE, SU JEFE

Las instrucciones generales que había recibido de los directores de la Sociedad Misionera de Londres hicieron dirigir mi atención hacia la parte septentrional de África, tan pronto como llegué a Kuruman o Lattaku, que era entonces, como lo es también ahora, su establecimiento interior más apartado del Cabo; y sin detenerme en él más tiempo que el preciso para dar algún descanso a los bueyes, ya muy fatigados por su larga jornada desde la bahía de Algoa, partí en compañía de otro misionero a la región de los bakuena, y en ella encontramos a Sequele que con su tribu se hallaba estacionado en Chokuana. Pronto regresamos a Kuruman; pero como el fin buscado no podía conseguirse con tan rápidas excursiones, hice propósito de internarme nuevamente tan pronto como me fuera posible. Después de tres meses de residencia en Kuruman, que podemos considerar el cuartel general de aquella región, me dirigí a un lugar denominado entonces Lepelole y ahora Litubaruba, distante unas quince millas de Chokuana. Una vez allí, me retraje por espacio de seis meses de todo trato europeo, con objeto de adquirir un conocimiento exacto del idioma del país; y por este medio conseguí formarme una idea completa de las costumbres, creencias, leyes y lengua de aquella sección de los bechuana denominada bakuena, que posteriormente me fue de utilidad incalculable.

En este segundo viaje a Lepelole, así llamado por estar situado junto a una caverna que lleva este nombre, di principio a los preparativos

necesarios para formar un asentamiento, canalizando, a fin de aprovecharla en el riego de huertas y jardines, una corriente de agua muy abundante entonces y ahora enteramente exhausta. Hallándose ya bastante adelantada esta obra, me dirigí hacia el norte, a visitar a los bakaa, bamangwato y makalaka, que habitan entre los 22° y 23° de latitud meridional. Las montañas Bakaa habían sido exploradas anteriormente por un comerciante que fue víctima de la fiebre, así como todos los que le acompañaban. En mi viaje por la parte septentrional de estas colinas basálticas, junto a Letloque estuve a sólo diez jornadas de distancia de la parte inferior del río Zouga, que llevando el mismo nombre era generalmente confundido con el lago Ngami; y pude muy bien entonces (1842) haber descubierto este lago si su descubrimiento hubiera sido mi único objeto. La mayor parte de esta expedición la hice a pie desde Chokuana, por causa de las enfermedades contraídas por los bueyes a consecuencia de la sequía. Algunos de los nativos que me acompañaban no sabían que yo entendía algo su idioma, por eso los sorprendí hablando de mi aspecto y facultades físicas. Decían: «nada tiene de fuerte; es por el contrario muy débil, y se mantiene firme sólo porque se mete en esos sacos (se referían a los pantalones); muy pronto le veremos rendirse al cansancio». Esto encendió mi antigua sangre escocesa, y me hizo despreciar la fatiga hasta el punto de ir a la cabeza de toda la comitiva por espacio de varios días, y sólo me sentí satisfecho cuando les oí hablar con más exactitud acerca de la fuerza y resistencia de mis piernas.

Al volver a Kuruman para disponer el traslado de mi equipaje y utensilios a nuestro proyectado asentamiento, supe que la tribu de los bakuena, que tan amable hospitalidad me había ofrecido, había sido arrojada de Lepelole por los barolonga, de modo que abandoné mi propósito de colonización en este punto. Una de esas guerras que, según parece, vienen ocurriendo periódicamente en el país por la posesión de los ganados, había estallado en la ocasión presente; y con este motivo, se cambiaron de tal manera las relaciones de unas tribus con otras, que me vi obligado a partir nuevamente en busca de una localidad adecuada para hacer de ella un puesto misionero.

Al caminar otra vez hacia el norte, apareció a nuestra vista un cometa, que traía maravilladas a cuantas tribus visitábamos. El que se había presentado en 1816 había sido seguido por una irrupción de los matebele, que eran los más crueles enemigos que jamás conocieran los bechuana, por lo que creían que en esta ocasión sus consecuencias serían tan fatales para ellos como en la anterior, o por lo menos que anunciaría la muerte de algún gran caudillo. Mis conocimientos acerca de los cometas eran poco mayores que los de estas tribus; pero descansaba en la infinita bondad de la Providencia que todo lo regula, con aquella confianza que tanto distingue a los cristianos de los gentiles antiguos y modernos.

Como algunos de los bamangwato me habían acompañado a Kuruman, me vi obligado a restituirlos, junto con todos sus efectos, a su jefe Sekomi; esto fue ocasión de un nuevo viaje a la residencia de aquel caudillo y, por primera vez en mi vida, recorrí montado en buey una distancia de varios cientos de millas.

De regreso a Kuruman, elegí el hermoso valle de Mabotsa como puesto misionero, y a él me trasladé en 1843. Aquí tuvo lugar una ocurrencia, respecto de la cual he sido interrogado muchas veces en Inglaterra, y que, a no ser por las súplicas de algunos amigos, no hubiera mencionado, ya que había decidido reservarla para referírsela a mis hijos cuando fuese viejo. Los bakatla de la aldea de Mabotsa se veían muy acosados por los leones, que entraban por la noche en sus corrales y destruían los ganados; y llegaron a atacarlos en pleno día. Aquello resultaba tan extraordinario, que las gentes de la tribu se creyeron hechizadas, y «entregadas al poder de los leones», según decían, «por los sortilegios de alguna de las tribus vecinas». En una ocasión salieron en busca de los leones; pero como eran cobardes, en comparación con los bechuana en general, cuando se trata de lances de esta especie, regresaron sin dar caza a ninguno.

Es cosa sabida que si se logra dar muerte a un león, los demás que le acompañan aprovechan la advertencia y abandonan aquella parte del país. Con este motivo, tomé yo parte en la primera cacería que se organizó, a fin de animar a los cazadores a librarse de la calami-

dad que sobre ellos pesaba, destruyendo a uno de aquellos mero-deadores; y encontramos a los leones en una pequeña elevación, como de un cuarto de milla de longitud y muy cubierta de árboles, alrededor de la cual se formó un círculo de hombres, que se iba estrechando a medida que estos avanzaban. Yo me encontraba en la llanura con un maestro de escuela del país, excelente sujeto, llamado Mebalwe, cuando vi a uno de los leones descansando sobre una roca situada dentro del círculo de hombres, que ya se hallaba completamente cerrado. Mebalwe disparó antes de que yo pudiese hacerlo; pero la bala chocó contra la roca en que la fiera se hallaba. Ésta entonces mordió el sitio señalado por la bala, como hace un perro con la piedra o palo que ha servido para su castigo, y saltando después con rapidez increíble, se precipitó hacia el círculo de hombres, que no se atrevieron a oponerse a su paso y escapó sin la menor lesión. Cuando el círculo volvió a cerrarse, vimos en su centro otros dos leones; pero no nos atrevimos a hacer fuego por miedo de herir a alguno de los hombres, y estos permitieron también que se salvaran. Si los bakatla hubieran seguido la costumbre general del país, habrían atacado a los leones con sus lanzas. Al ver que no podíamos conseguir que mataran a uno de ellos, decidimos regresar a la aldea. Sin embargo, ya al pie de la colina, divisé un león sentado como el primero sobre una roca; pero estaba en parte oculto por un matorral, y como me hallaba a unos treinta metros de distancia, procuré asegurar la puntería a través de la espesura, y disparé los dos cañones de mi escopeta. Unos entonces gritaron: «¡Está muerto, está muerto!»; diciendo otros al mismo tiempo: «¡Dos le han tirado a la vez: vamos a él!». Por mi parte a ningún otro vi que disparase, pero sí pude observar la cola del león furiosamente erizada, y volviéndome hacia los aldeanos les dije: «Esperad un poco hasta que vuelva a cargar». Cuando estaba echando las balas oí un grito general y, al volverme agitado, vi al león que en aquel instante se precipitaba sobre mí. Yo me hallaba en una pequeña elevación: él me hizo presa por la espalda en el momento mismo de lanzarse y ambos caímos a tierra. Rugiendo horriblemente junto a mi oído, me llevaba de uno a

otro lado como hace un gato con un ratón, y aquella caída produjo en mí un estupor semejante al que debe producir en el ratón la primera impresión de las uñas del gato. Sentía una especie de desvanecimiento; pero sin experimentar dolor alguno y sin que el terror me agitase, a pesar de tener perfecta conciencia de cuanto estaba pasando; y era el mío un estado análogo al que dicen haber experimentado los que se han visto sometidos a la influencia parcial del cloroformo, que presencian toda la operación y no sienten el bisturí. La singular condición en que me encontraba no era producto de ninguna reflexión mental; era que el choque me había hecho insensible al temor y no me dejaba experimentar terror alguno al contemplar a la fiera. Este estado inexplicable se produce indudablemente en todos los animales que las fieras destrozan; y si así sucede, como creo, es una misericordiosa compensación que nuestro Creador ha establecido para disminuir la dolorosa sensación de la muerte. En mis esfuerzos y desesperados movimientos para librarme del león, una de cuyas garras pesaba sobre mi cabeza, vi que éste dirigía sus miradas a Mebalwe, el cual trataba de dispararle a una distancia de diez a quince metros. Su escopeta, sin embargo, aunque de dos cañones, era de chispa, y falló las dos veces; pero el león me dejó de repente y se lanzó sobre él, haciéndole presa en una pierna. Otro de los que nos acompañaban, cuya vida había yo salvado curándole de las heridas que un búfalo le había causado, intentó a su vez lanzear al león mientras mordía a Mebalwe; pero en aquel momento lo soltó y cogió al otro por la espalda. Felizmente para nosotros, las balas que habían penetrado en su cuerpo produjeron su efecto en aquel momento, y el león cayó entonces exánime. Todo había ocurrido en unos instantes, y sus esfuerzos supremos debieron ser el paroxismo de su rabiosa agonía. Con objeto de librarse del encanto que el cuerpo de la fiera pudiera encerrar, los bakatla al día siguiente hicieron una hoguera sobre su cadáver, del cual, por cierto, dijeron que era el del mayor león que se había visto. En cuanto a mí, además de romperme el hueso, me dejó once marcas de dientes en la parte superior del brazo.